

La pers

30 años

or el
olon
or e
ños
Ano



Nelson Gnecco (izq.), vicerrector administrativo y financiero de la Universidad Central, y Ligia Echeverri (der.), vicerrectora académica de la misma Institución.
Tomada del archivo fotográfico del Departamento de Comunicación y Publicaciones de la Universidad Central.

Palabras de la señora vicerrectora
académica Ligia Echeverri

Ingenieros del espíritu; desertores de lo rutinario

Buenas noches:

Para la mayoría de nosotros, escribir con propósitos artísticos, es un misterio.

Hacer una carta comercial es fácil.

Declararle nuestro amor a la persona que amamos, cuando nos toca escribirle desde la distancia, es algo que puede salirnos del alma y hasta poético.

En fin. Escribir sin el propósito de hacer del uso del lenguaje una obra de arte, es algo propio del complicado o simple y rutinario quehacer de cada persona.

Pero escribir, lo que se llama escribir, es asunto que implica sentir adentro, digamos en los laberintos de la mente, fuertes torbellinos e incluso impredecibles tempestades.

Lo digo así, recordando a Truman Capote, porque tengo, por cierto, la idea de que una cosa es escribir y otra es escribir bien.

El acto creativo es algo del ámbito de la intuición y de la franja del azar y no necesariamente el resultado de un trabajo académico.

Crear, lo que se dice crear, es algo equiparable a la caída de una “gota fría”, como lo puntua-

lizó el vallenato, o algo asimilable al sentimiento que surge del modo de sentir en la piel y en el alma, la visita de un duende.

Para llegar a él, al acto creativo, no hay caminos hechos. No hay mapas disponibles en el Agustín Codazzi. No hay caminos de herradura previamente trazados, ni autopistas diseñadas por los más audaces ingenieros del espíritu.

Los grandes escritores de la historia, los verdaderos esclarecedores de las cosas, no encontraron la senda hecha.

Kafka, para llegar a su castillo en compañía del señor K, tuvo que vérselas con un inmenso y enmarañado haz de incertidumbres y hondos interrogantes existenciales.

Dostoievski para conducir a su *Raskólnikov* por los laberintos de su complejo ser interior, tuvo que inventarse su mundo, su luz y sus respuestas desgarradoras.

Lo mismo le tocó hacer, hace poco, a Sarraute. Y lo mismo, en su momento, a Samuel Beckett y a Baudelaire y a los surrealistas, todos ellos, exploradores de neblinas extracotidianas.

Para ninguno de ellos, seres alérgicos a lo rutinario, el camino que conduce al acto creativo estaba hecho. A ellos, digámoslo así, el genio no les vino envuelto en el papel pergamino de un título de magíster o de doctor.

Contra viento y marea, utilizando las herramientas de su yo enriquecido de lecturas, se apropiaron de su mundo sin límites y de su sensibilidad humana sin fronteras.

Kafka, quizá sin darse cuenta, alunizó en su *Metamorfosis*. Dostoievski, embarcado en la nebulosa de su misticismo decimonónico, despejó las brumas del *Crimen y el Castigo* consustancial a la ética católica. Y Beckett encontró a *Godot* y Baudelaire llegando al sitio donde se hallaban sus *Flores del mal*.

Ellos producto de la intuición y el azar, habrían sentido repugnancia ante la esquematización mental inoculada por los medios y el canibalismo intelectual ejercido por acartonados académicos.

Con el transcurrir del tiempo, surgieron los talleres de escritura. Y a juzgar por lo que es el Taller de Escritores de la Universidad Cen-

tral (TEUC), no se trata de mecánica literaria, ni constituyen lugares donde se hace trizas la imaginación y las grandes reflexiones se esfuman. Los resultados del TEUC durante estos 30 años, así lo demuestran. Prueba de ello es esta exposición que hoy inauguramos como memoria de una entrañable historia.

Un taller de escritores no es de latonería para recomponer las abolladuras del lenguaje, ni de pintura para maquillar a brochazos los vacíos del talento y disimular la falta de pericia en el uso agudo, fino y penetrable del lenguaje cervantino. Es un espacio abierto a la escucha de otros, a la imaginación y los sueños íntimos de quienes quieren aprender a leer y escribir.

Desde 1981, el Taller de Escritores de la Universidad Central (TEUC) ha contado con la dirección de Isaías Peña, destacado zahorí en el arte de descubrir el misterio de las palabras, que ha hecho de nuestro afamado taller, una auténtica tertulia para soñar.

El maestro Peña y su equipo han construido durante estos años, las estrategias metodológicas para aquellos que han querido aferrarse a la literatura como tabla de salvación frente a los peligros del naufragio en el sonambulismo social y la oscuridad política.

Quienes vemos en la literatura un salvavidas, algunos de ellos asistentes al taller de la Universidad, a sus tertulias y diplomados, somos conscientes de que estas dos pestes —el oscurantismo político y el sonambulismo social— solo se exorcizan por medio de la maravilla de la literatura. Y por eso, atraídos por esta promesa, hemos asistido al taller o a sus actividades conexas para tener una mejor perspectiva de la condición humana y para huirle al estado zombi que aqueja a la mayoría de los colombianos.

Isaías, el amigo a quien hemos seguido durante tantos años, es quien nos ha enseñado que Boccacio, Chaucer, Poe, Chéjov y Maupassant, maestros del cuento, son los que tienen las claves del misterio del por qué y del para qué se escribe en un país en el que se debe preservar la materia prima del papel, los editores se ponen en la tarea de editar libros. ■

Para ninguno de ellos, seres alérgicos a lo rutinario, el camino que conduce al acto creativo estaba hecho. A ellos, digámoslo así, el genio no les vino envuelto en el papel pergamino de un título de magíster o de doctor